

Iciar Bollaín, Te doy mis ojos (España 2003).  
Reseñado por María Donapetry (Pomona College)

No hay semana que no salga en las noticias televisadas o en la prensa uno o varios casos de violencia de género, eufemismo que se refiere a las palizas e incluso a los asesinatos de mujeres a manos de sus maridos, amantes, compañeros, padres, etc. El fenómeno, ha dicho recientemente la Conferencia Episcopal española, se debe en parte a que las mujeres de hoy se han liberado “demasiado”: trabajan, se divorcian, tienen abortos, o sea: culpando a la víctima. Hay quien piensa que los hombres que maltratan a las mujeres tienen aspecto monstruoso o son ignorantes que no saben hacer la o con un canuto. Te doy mis ojos, vuelve al tema demostrando que no es así, que la violencia de género atraviesa clases y edades y que la causa de la violencia reside en el violento y no en la maltratada. Esta película de Iciar Bollaín ha recibido varios Goyas no sólo porque trate de un tema desgraciadamente candente, sino también porque lo hace con una historia llena de sutileza, con una dirección certera y con unos actores que dan lo mejor de sí mismos cuando trabajan con Bollaín.

Dentro del género filmico de drama familiar (¿qué otro podría hacer justicia al tema?) el argumento de Te doy mis ojos gira en torno a Pilar (Laia Marull), una mujer joven cuyo marido, Antonio (Luis Tossar), la pega. La primera escena abre con Pilar haciendo a toda prisa su maleta en plena noche. Despierta a su hijo Juan apremiándole para irse cuanto antes de la casa. Por sus prisas y su cara de pánico, es obvio que huye de algo o de alguien pero aún no sabemos a qué le tiene tanto miedo. Su hermana Ana (Candela Peña) la acoge en su casa “para lo que quiera y para lo que necesite.” Poco a poco entenderemos que su fuga es la de una mujer prototipo de la víctima de los malos tratos y que esta situación se repite merced a la colaboración tácita de una resistencia social todavía muy arraigada en la cultura española.

Los patrones de comportamiento violento de los hombres se ejemplifican de manera magistral en las escenas de terapia de grupo a la que asiste el propio Antonio. La mayoría de estos hombres reconoce su problema con la violencia pero adjudica la provocación de la misma a la mujer: “Mi mujer está histérica,” “Me rehuye y yo le meto,” “Ella me provoca,” son las explicaciones que ofrecen para justificarse. Su factor común es la incapacidad de comunicarse de una manera articulada. En contraste con este grupo está John, el novio y luego marido de Ana. Creo que Bollaín escoge a un extranjero (John es escocés) para enfatizar la diferencia entre el macho hispano violento y el hombre de educación liberal e igualitaria que no teme la “feminización” de sus labores domésticas o de su trato sensible a las mujeres.

Pero no son sólo los hombres quienes colaboran en perpetuar la violencia de género. La madre de Pilar y de Ana (interpretada por Rosa María Sardá) se preocupa por las tradiciones y por los papeles tradicionales de la esposa. Esto es: la mujer debe casarse por la Iglesia, ser sumisa y callarse ante el marido, sobrellevar en silencio los contratiempos sean éstos cuales fueren. Pilar, en abierto contraste con su hermana Ana, ha internalizado hasta cierto punto el papel de esposa tradicional y va a tener que encontrarse a sí misma fuera de ese patrón, si quiere sobrevivir. Pero le cuesta porque

crea o quiere creer que su marido “va a cambiar.” Tras algunas semanas de separación, en las que Antonio no ha cesado de hacerle regalos de “admirador” amoroso, Pilar vuelve con él. Y la historia de violencia recomienza. Esta vez, sin embargo, Pilar tiene intereses que van más allá de sus labores domésticas y maternas: se ha preparado para ser guía de museos y exposiciones. El hecho de que Pilar haya adquirido un mínimo nivel de independencia intensifica la frustración de Antonio con su propia vida. Bajo la guisa de celos, Antonio trata de fiscalizar cada movimiento de Pilar y, por fin, acaba desnudándola violentamente y humillándola (la saca desnuda al balcón de su casa) hasta que ella se hace pis de miedo.

Aparte de esta escena, no hay ninguna otra en la película en la que se vea a un hombre golpeando a una mujer. No hace falta: intuimos perfectamente el proceso mental tanto del violento como el de la violentada e imaginamos sin dificultad las palizas. Antonio no tiene ambiciones y se siente francamente inferior física e intelectualmente en comparación con Pilar. No existe provocación alguna por parte de la mujer, sino una intensificación de la infravaloración que el propio Antonio siente hacia sí mismo. Su mecanismo de defensa es la agresión contra quien cree más débil, al menos físicamente. Con el optimismo relativo que caracteriza las historias de Bollaín, Pilar llega a conocer sus posibilidades y deja el círculo vicioso de co-dependencia entre Antonio y ella.

Creo que la película acierta de lleno en presentar el “perfil” del maltratador como aquel hombre que considera a su mujer como propiedad privada con la que puede hacer lo que le venga en gana. También acierta Bollaín en hacer una deconstrucción de la *Mater Dolorosa* como ejemplo de madre y esposa. En un momento en el que Ana y Pilar están mirando los cuadros que adornan una iglesia, tras pasar por varios que representan a santos y obispos de semblante sombrío, se paran ante La Dolorosa. Pilar se queda absorta y nosotros entendemos la identificación entre la mujer de carne y hueso y la imagen. Ana es quien desmitifica con una frase irreverente el peso de la imagen para Pilar y para nosotros: “(Tiene la cara así porque) acaba de darse cuenta de que ha salido a la calle en zapatillas,” como Pilar había hecho el día de su fuga. Y, finalmente, acierta en tratar este tema no como algo espectacular, ajeno y ficticio sino como una historia con la que nos podemos identificar, poblada por unos personajes que reconocemos en nosotros mismos, en una sociedad que es la nuestra.